

PROF. PEARS SOBRE WITTGENSTEIN

ENRIQUE VILLANUEVA
Universidad Nacional Autónoma
de México

La figura de Wittgenstein conforma el horizonte filosófico de nuestra época. Las escuelas más representativas se pronuncian en pro o en contra de lo que dijo —o pareció decir— Wittgenstein. Desde su muerte acaecida hace 23 años se han venido publicando una serie de ensayos sobre su filosofía o más bien, según es costumbre decir, sobre sus dos filosofías a saber, la expuesta en el *Tractatus Logico Philosophicus* y la de las *Investigaciones Filosóficas*. A mi modo de ver ninguno de esos ensayos es satisfactorio aunque hay algunos que no están mal. David Pears publica ahora este nuevo esfuerzo por entender el pensamiento de Wittgenstein. Hay cosas nuevas en el trabajo de Pears unidas a interpretaciones de uso corriente. Entre las cosas nuevas está el filiar a Wittgenstein como un filósofo “crítico” al lado de Kant y destacar —especialmente en su obra posterior— su antropocentrismo. Entre las cosas manidas está la idea de que en general Wittgenstein avanza tesis para resolver los problemas filosóficos tradicionales. Bajo este supuesto Pears se pregunta continuamente si las observaciones de Wittgenstein van en el sentido de apoyar un intuicionismo o un convencionalismo en matemáticas; de si es un conductista o no en filosofía de la mente, etc. Y aunque Pears muestra versatilidad y sofisticación al encarar esos problemas creo que la perspectiva que adopta lo limita negativamente. Voy a circunscribir mi discusión a las tesis que expone Pears en el cap. 8 sobre sensaciones, parte porque es allí donde más tengo que decir y parte porque en cierta manera lo que allí se diga implica pronunciamientos

en otros tópicos que Pears menciona. En efecto, al hablar sobre las sensaciones está uno hablando acerca de la teoría de la significación, de ontología, de necesidad, etc. Debo advertir que tengo la impresión de que éste no es el mejor capítulo del libro pero precisamente porque allí están las aberraciones mayores, por ello debe ejercerse allí la crítica.

Pears no cita a Wittgenstein y tampoco lo haré yo; me parece más apropiado limitarme a discutir las afirmaciones de Pears para apreciar su plausibilidad o implausibilidad. Queda como una tarea adicional el determinar si Wittgenstein sostuvo alguna de esas tesis.

Según Pears hay una teoría cartesiana que sostiene que nuestro lenguaje de sensaciones es un lenguaje privado y por lo tanto inenseñable. A esta teoría la llama la teoría C. Esa teoría C la especifica bajo dos tesis: Según la tesis A, sólo se puede aprender lo que significa 'dolor', p. ej., por ostensión privada; según la tesis B, las autoadcripciones de dolor, por ejemplo, puede conocerlas el autoadscriptor. Estas dos tesis dejarán ver, de un lado, una asimilación del lenguaje de sensaciones al lenguaje de objetos físicos; y del otro, impedirán la comunicación completa al hablar de las sensaciones que uno tiene. De ambas tesis se seguiría la tesis de que ese lenguaje sería necesariamente inenseñable. Según Pears Wittgenstein replicaría diciendo que esta última no es ni siquiera una posibilidad. ¿Serían falsas A y B? Pears pasa a discutir las siguientes cuestiones a fin de determinar esto.

- I. ¿Cuán dañina resulta la asimilación del lenguaje de sensaciones al lenguaje de objetos físicos?
- II. Si C es verdadera ¿se sigue necesariamente que el lenguaje de sensaciones es inenseñable?
- III. Si C es verdadera ¿se sigue necesariamente que el lenguaje de sensaciones podría haber existido fuera del presente contexto, esto es, como privado?

La idea de Pears es la de mantenerse como un testigo

que nos narra la disputa entre ese cartesiano y Wittgenstein; sin embargo, antes de escuchar su narración debemos hacer algunas observaciones acerca de su manera de disponer el terreno para la disputa.

En primer lugar, no se ve con claridad cuál es la naturaleza de la disputa; no se ve que esa disputa sea filosófica. Tal parece que lo que el cartesiano afirma o implica y Wittgenstein niega es la posibilidad de enseñar o no ese lenguaje que ya se tiene; parecería que lo que hace falta sería el construir algún mecanismo ingenioso para hacer posible su enseñanza y esto lo convertiría en un problema técnico, no filosófico. Dicho en forma distinta, la posición del problema en términos de la consecuencia práctica de si puede o no puede enseñarse ese lenguaje no es adecuada pues seguramente hay algo previo que debemos decidir, a saber, si puede o no puede ser un lenguaje. Luego, no aclara Pears si el lenguaje es inenseñable porque hay un obstáculo empírico o si es necesariamente inenseñable. Si es esto último no dice qué es lo que lo hace necesariamente inenseñable.

En segundo lugar, Pears concede sin más que el cartesiano está comprometido a la teoría C y sus consecuencias; pero esto seguramente necesita argumentarse pues resulta difícil pensar en ningún filósofo sensato que estuviera de acuerdo con tan absurda posición.

En tercer lugar, Pears no parece pensar que la disputa acerca de la posibilidad de un lenguaje privado esté conectada con un dualismo metafísico y que dicha disputa nos lleve directamente al núcleo de una teoría metafísica, tema sobre el cual Wittgenstein tenía mucho que decir. Y este punto está íntimamente conectado con los anteriores.

Dejemos aquí estas observaciones generales; ya tendremos oportunidad de tocarlas después. Veamos (I). Pears dice que C asimila la enseñanza de "dolor" a la enseñanza de "rojo", por ejemplo. (Esto no es exacto, se trataría más bien de que ambos, los estados mentales y los objetos materiales se asimilan a la idea de lo que es un particular,

idea que se especifica en lo que no es material y nos es dado inmediatamente.) Pears piensa que en esa asimilación “dolor” se puede volver algo atómico, desligado de los vínculos de enseñanza; algo que se torna necesariamente inenseñable (esta teoría sería C-cruda). Pero puede no desligarse totalmente de los vínculos de enseñanza y combinar felizmente lo privado con lo público (esta teoría será C-sutil).

De acuerdo a C-cruda, sin embargo, habría un intento desesperado por establecer comunicación: si bien “dolor” recibe su sentido todo por la ostensión privada (la ostensión privada sería una condición necesaria y suficiente del significado de “dolor”) podría intentar una extrapolación (por analogía) y hacer posible la enseñanza de “dolor”. Pears rechaza esta salida porque dice que no sería posible determinar si la enseñanza o el aprendizaje han sido dados o tomados felizmente. De nuevo, lo que falta es confirmación; la situación le parece totalmente inteligible. Esto es, Pears parece decir que no es posible la enseñanza porque no es posible verificar conclusivamente lo que la persona tiene que aprender o enseñar —según sea el caso— en vez de decir que la posibilidad de entender lo que sería enseñar ese dolor privado depende de que la extrapolación tenga sentido y que es precisamente a dicha extrapolación a la que no se le ha dado sentido.

Pero de acuerdo a C-sutil se distinguiría en “dolor” el sentido de la referencia en forma tal que la referencia no quedara como el factor separado y dominante. Es difícil seguir a Pears aquí. Para él la referencia sería el dolor en su aspecto mental y el sentido sería la parte conductual del dolor; “dolor” quedaría escindido en algo privado y público a la vez. Pears piensa que mientras la referencia sería privada el sentido —o por lo menos parte de él— sería compartido y concede que habría diferencias de “dolor” de persona a persona que no serían tomadas en cuenta por el ‘uso común’. Lo que resulta increíble es que según

la hipótesis de Pears podría suceder que todo el mundo hablara —toda la vida— de la misma cosa v.g. “dolor” aun cuando se estuviera refiriendo a cosas completamente distintas. Precisamente porque Pears no elimina esta posibilidad es por lo que falla la analogía que quiere construir entre ‘el coctel favorito del señor X’ y ‘el dolor intenso del señor X’. En verdad, la traducción que hace Pears de ‘privado’ a ‘inenseñable’ resulta extremadamente distorsionadora a estas alturas; Pears no parece tomar en serio la privacidad que afecta al lenguaje que es filosóficamente privado. Lo más que llegaría a introducir Pears serían dos lenguajes inconexos entre sí; uno de esos lenguajes (el del “sentido”) tiene buenas credenciales y ha de aceptársele; el otro (el de la “referencia”) no las tiene y ha menester de argumento que permita su introducción. Pero si se quiere decir que este segundo lenguaje —toda vez que se haya hecho posible su introducción— determina o condiciona al otro, estaremos retrocediendo a la versión de C-cruda. En verdad, C-sutil es eliminable; la que crea la perplejidad filosófica es C-cruda y C-cruda es manifiestamente absurda (aun cuando no por las razones que da Pears).

Pears piensa que Wittgenstein refuta a C-cruda pero no a C-sutil que combina las ventajas del conductismo con las del cartesianismo. Quizá Pears finta con C-sutil en la dirección de aquellos que hablan de que hay conexiones de tipo conceptual o necesario entre los estados mentales y la conducta; en ese caso —dejando de lado dificultades mayores— sería tanto interesante cuanto escandaloso para algunos intérpretes de Wittgenstein si se probara que él rechazó esta posibilidad.

Pero vayamos a II. Pears desarrolla el argumento contra C-cruda. Toda vez que C-cruda implica la consecuencia de que el lenguaje de sensaciones es inenseñable Pears, haciéndose eco de la interpretación corriente, originada en Ayer, desarrolla un argumento en el que se quiere probar que el lenguaje de sensaciones es inenseñable porque es in-

verificable. Pears introduce el problema recurriendo al caso de alguien a quien se desea enseñar las palabras de sensaciones. La cuestión sería entonces de que no se podría afirmar que esa persona (la llamaré P de aquí en adelante) ha adquirido el vocabulario de sensaciones a menos que se pudiera verificar el uso o aplicación que hace de esas palabras. Pero, ¿quién debe llevar a cabo la verificación: él o nosotros? Hay por lo menos dos maneras de leer a Pears aquí: según la primera es P quien debe checar o verificar su propia aplicación de las palabras pero —el argumento corre— P no sabe si las aplica correctamente porque sólo cuenta con sus recuerdos como prueba de que sí lo hace. Empero, sus recuerdos no bastan —aquí Pears difiere de Ayer— pues ellos mismos deben ser confirmados para determinar su verdad o falsedad. P debe entonces abandonar el nivel puramente privado y aunque sea en forma indirecta, confirmar el uso de sus palabras recurriendo a objetos públicos. Pears piensa que este paso no implica el abandono de la privacidad (éste es precisamente el punto de C-sutil). Que esto no es así quedó asentado más arriba.

Sin embargo, dada la forma en que se expresa Pears uno siente algunas veces la tentación de leerlo en una forma menos caritativa según la cual nos estaría diciendo que P no puede tener un lenguaje necesariamente inenseñable porque otros no podrían saber si P está aplicando las palabras con regularidad y no lo podrían saber porque no podrían verificarlo. Dos errores aparecen aquí: el primero es que esto sólo prueba que los otros no tienen fundamento para afirmar que P tiene ese vocabulario pero no prueba —siendo esto lo que importa— que no lo tenga. El segundo es que el cargo envuelve circularidad pues si 'inenseñable' traduce 'privado' y la razón que se aduce es la imposibilidad de verificar el uso de las palabras porque no se puede observar, esto es, porque es privado, sólo se está diciendo entonces que el lenguaje es inenseñable (privado) porque es inverificable (privado). Así la tesis se torna cruda de verdad.

El hecho de que surjan estas objeciones muestra, creo, que lo que está en cuestión en el argumento del lenguaje privado no es verificacionalismo sino algo que antecede la posibilidad de verificación y que los filósofos suelen llamar 'sentido' o 'significación'.

Confiado en sus asunciones previas Pears examina la posibilidad de llevar a cabo verificaciones "indirectas". Me interesa comentar sobre una posibilidad que cita Pears. Dice que quizá la persona P podría manejar el lenguaje de los objetos materiales y lograr una serie de capacidades que podría luego usar en tratándose de sus sensaciones para poder llegar a decir cosas como "otra vez el mismo dolor". La posibilidad que cita Pears es la de la posible combinación del solipsismo con la afirmación del mundo material. Ésta no es una posibilidad y hay argumentos decisivos que así lo exhiben. (No comento sobre el absurdo que entraña esta hipótesis.) Pero hay algo más: ¿Por qué debemos suponer que la regularidad de la memoria ('pública') debe mantenerse en el caso de los objetos privados?

Una vez y otra Pears insiste en la cuestión de la verificación, pero el problema —si lo hay— seguramente no consiste en encontrar una vía para llegar hasta la referencia privada sino en examinar si es inteligible hablar de "referencia" u 'objeto'. Sino en las condiciones impuestas por la privacidad.

Respecto de la especificación (B) citada al comienzo de esta nota, Pears dice que Wittgenstein sostendrá esa tesis general de que en ningún caso puede decir 'conozco que tengo dolor'; esto es falso. Pero más interesante aún, Pears da a entender que (B) debe ser asumida por el argumento del lenguaje privado y esto también es falso; un poco de reflexión mostrará que una afirmación es independiente de la otra.

Finalmente, respecto de III, Pears nos dice que ciertos cambios serían factibles pero hasta un cierto límite. La teoría pecaría por exceso al asimilar demasiado las sensacio-

nes a los objetos materiales —querría subvertir nuestro sistema conceptual; por lo tanto, lo que hay que hacer es atemperarla y todo quedará bien. Seguramente no es esto lo que quería decir Wittgenstein; si esto fuese todo lo que está mal con la teoría C, sería un mal menor y por lo tanto resultaría inútil y aburrido el dedicarse a destruirla.

Pears concluye diciendo algunas cosas interesantes acerca de porqué Wittgenstein se rehusa a dar una teoría filosófica sobre las sensaciones, esto es, porqué Wittgenstein pasa a hacernos ver que el vacío dejado por el conductismo o cartesianismo no es un vacío y por lo tanto no debemos de sentir preocupación alguna. Esto es verdad y creo que podríamos aplicársela al propio Pears de la siguiente manera: para Wittgenstein la cuestión no es la de escoger entre C-cruda y C-sutil; antes bien, la situación para Wittgenstein sería ésta: 'he aquí una serie de notas gramaticales sobre nuestro uso de palabras de sensación; si C-sutil recoge mejor esas notas será preferible a C-cruda pero en la medida en que tenemos esas notas gramaticales —y esto es lo decisivo— ¿para qué necesitamos C-sutil o, en verdad, ninguna otra teoría?'

Por último, una nota sobre la traducción castellana. Es alentador ver que libros de tal calidad como el aquí reseñado sean traducidos al español tan rápidamente; por esto, la editorial debe ser felicitada. Pero es lamentable que la traducción no le sea encargada a alguna persona versada en el tema; he aquí una muestra: el texto inglés dice: "At this point the general question of the validity of the verification principle is raised" p. 161).

En la versión española se lee:

"En esta fase va a plantearse el problema más general de la validez del principio que permite la verificación" (p. 247).